

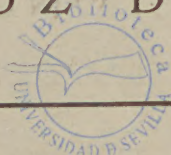
A Carrasco. Fol. 11/19

LA VOZ DE LONDRES

COLECCIÓN
CARRASCO

DEMOCRACIAS y DICTADURAS

*Siete conferencias radiadas
por el*
PROFESOR JOSÉ CASTILLEJO



Democracias y Dictaduras

- I *Democracias funestas*
- II *El pesimismo de las dictaduras*
- III *Democracias absolutistas y democracias liberales*
- IV *El semillero democrático*
- V *De cómo se amarra a los dictadores*
- VI *De la Dictadura a la Justicia*
- VII *De la Justicia a la Democracia*

I Democracias funestas

Seamos sinceros. Recibo noticias de que el Estatuto del Atlántico ha producido alarma en varios países. El principal motivo de alarma es el anuncio de que esta guerra significará el triunfo de la democracia. Fíjense mis oyentes : el triunfo de la democracia, no de las democracias. El triunfo de las naciones democráticas no asusta más que a los individuos que tienen cuentas con la justicia ; los demás saben que están seguros, y estarán más seguros al terminar la guerra.

Lo que alarma a algunos países es que se intente imponerles, por presión exterior, un régimen democrático.

¿ Pero cómo puede aterrar a ninguna nación el advenimiento dentro de sus fronteras de un régimen democrático ? ¿ No es la democracia justamente permitir a un pueblo que se gobierne como quiera ?

He comprobado, sin embargo, el hecho innegable de que hay países que reciben con inquietud, y hasta con pánico, el anuncio de la democracia. ¿ Es por ignorancia ? No ; he visto que, en general, la desean todos los pueblos que no la conocen, y que la temen muchos de los que la han probado. Oigo tachar de bárbaros o de serviles a los que se oponen a la democracia. Disparar un adjetivo es más fácil que enterarse y que razonar. Y yo he elegido lo difícil. He querido enterarme.

Los anti-demócratas califican de anticuado el Estatuto del Atlántico ; dicen que se empeña en mantener un sistema político que ha probado por sí mismo su ineficacia. Porque cuando un pueblo consigue la democracia ¿ qué poder superior podría arrancársela a una mayoría ? Si la pierde, es que la tira porque no le sirve. Y desde lá última guerra han ido tirándola la mayor parte de las naciones de Europa, algunas atrasadas e incultas, otras a la cabeza del progreso científico, y sin analfabetos. Algunos insinúan misteriosas fuerzas eclesiásticas ; pero ni los protestantes ni los católicos derribaron la democracia alemana de Weimar, ni la Iglesia griega derribó la de Venizelos. Otros apuntan a la intervención del ejército, que de fuerza servidora se convierte en fuerza dominadora ; pero esto no es aplicable a Alemania, donde cayó la democracia cuando no había ejército ; ni a Italia, donde Mussolini no subió al poder por un pronunciamiento militar. Hay quien culpa al capitalismo ; pero imaginemos una mayoría dueña del Poder y de la Hacienda y de la Banca y de las comunicaciones ; imaginemos los fusiles en manos del pueblo, y la industria y la agricultura movidas por brazos proletarios, ¿ cómo pueden un puñado de capitalistas derrocar esa fortaleza ? Si cae es por falta de cimientos o por desmoronamiento, no por el puñetazo de unos señoritos, o unos obispos, o unos generales.

En los pueblos que han perdido su democracia, una parte de la opinión pública desearía restablecerla ; pero, empeñados en que murió por debilidad, quieren hacerla inexorable con el que se atreva a insinuar gesto o decir palabra anti-democrática ; quieren una democracia exterminadora de enemigos políticos, vigilante, con cárceles y horcas, con policía secreta zahorí que escuche los ruidos subterráneos. Esa democracia se parecería, en lo

fiera y en lo miedosa, mucho más al régimen de Hitler y Mussolini que a la democracia de que hablan Roosevelt y Churchill.

Otra porción de gentes de las ex-democracias no querían volver a instaurar un régimen fracasado. Si esas gentes son mayoría, plantean el problema de cuál es la solución democrática en un país cuya mayoría no quiere democracia. Para resolverlo hay que oír sus razones. Describen a su país dividido en partidos que compraban con ofertas de dinero, o de favores, buena parte de los votos. Los que votaban por convicción eran leales a sus ideas; los que se vendían eran los que cambiaban e inclinaban la balanza a un lado o al otro, de modo que la nación estaba a merced de los grupos sin convicciones y sin moralidad política. Cada partido negaba desde el Poder a sus enemigos las libertades que él había reclamado desde la oposición.

Cuentan también que los partidos tenían unas avanzadas extremistas, preparadas para la acción directa, si el Parlamento no accedía a lo que le pedían. La acción directa era el motín y el asesinato, que provocaban cruel represión por parte de los gobiernos, de modo que democracia era en realidad un adiestramiento para la guerra civil.

Alegan que los programas de los partidos eran tan divergentes que cada cambio de gobierno significaba la destrucción de lo que el anterior había hecho, y a veces la venganza contra los autores, de modo que para ser político se necesitaba espíritu aventurero y agresivo, dispuesto a jugarse la vida y a hacerla pagar cara. Así la carrera política era una selección de osadía y de violencia, y como esas suelen ser las cualidades de los dictadores, las democracias se convirtieron en escuelas de dictadura.

Entre tanto, los cambios frecuentes de gobiernos, que anunciaban reformas radicales y las dejaban caer como un alud, sospechando que su vida era corta, causaban tal intranquilidad en el país que la vida espiritual y la económica se paralizaban. Un maestro disciplinado tenía que enseñar a rezar a los niños, y a la semana siguiente se le ordenaba que demostrase que no hay Dios; un maestro indisciplinado pasaba seis meses en la escuela y al cambiar el gobierno iba seis meses a la cárcel. El labrador araba temiendo que la cosecha no fuera para sus hijos, sino para la comunidad, según decían los que se la arrebataban.

Parece ser que en esas naciones, de democracias tumultuosas y de amenaza rampante, la ciencia se convertía en servidora de un partido, la religión buscaba la protección de otro, y así ciencia y religión, que son formas de emancipación espiritual, perdían prestigio e influjo.

Otro conflicto surgió del excesivo número de partidos. En algunos países había más de una docena, algunos de ellos anti-democráticos, otros anti-parlamentarios. ¿Cómo puede una democracia impedir la formación de partidos? ¿Y quién gobierna donde ninguno tiene mayoría? El remedio fueron las coaliciones. Pero se descubrió que la enemistad de los partidos es tanto más agria cuanto menores son sus diferencias. Cuando las coaliciones degeneraron en frentes de combate, y había por ejemplo "frente popular" y "frente derechista", la victoria deshacía el bloque, porque cada partido se la atribuía, para poner su programa en la proa; y la derrota desmoronaba la alianza, porque cada uno acusaba de traición a los otros.

Estas y otras dolencias han minado muchas democracias, hasta que se han derrumbado, y un cualquiera, un arrivista, un insignificante, a veces un perturbado, ha podido subir sobre las ruinas y hacerse dueño, con un puñado de hombres, de un país pulverizado o desangrado. ¿Son esas ruinas las que tienen la ilusión de restaurar Mr. Roosevelt y Mr. Churchill?, oigo preguntar de muchos rincones de Europa. ¿Cómo podrían hacerlo si lo intentaran? ¿Qué milagroso bálsamo va a restañar hondas heridas, a curar odios, a apaciguar pasiones, a hermanar enemigos mortales? ¿Qué programa puede unir a quienes buscan triunfo aniquilador en direcciones contrarias?

La fuerza material no podría crear un régimen democrático, ni los estadistas norteamericanos e ingleses la emplearían jamás. Se extiende en los pueblos anglo-sajones la idea de educar para la democracia a los países que no la han tenido o la han perdido. Esta es una idea nueva y generosa. Presupone fe en la educación y fe en que todos pueden ser educados. Mas no sabemos todavía cómo puede realizarse, ni en cuanto tiempo.

Asalta la duda de qué clase de gobierno habría de tener una nación incapaz de democracia, mientras se educa para desearla y para practicarla. En esta gran crisis hay sin embargo dos rayos de esperanza.

El primero es que cuando el Estatuto del Atlántico habla de democracia no se refiere a una forma estrecha de gobierno, sino a que sean los pueblos mismos los que elijan la que les convenga. Y para que la elijan hay, ante todo, que devolverles la libertad. Churchill y Roosevelt han declarado que ésta es una guerra de liberación. ¿Hay algún pueblo que, después de haber probado las humillaciones y las crueldades de la esclavitud, se niegue a ser liberado y dueño de sus destinos?

La segunda esperanza viene de que las naciones que sufrieron las flaquezas de la democracia, han visto luego lo que lleva consigo no tenerla. Su desencanto es tan grande que los dictadores han tenido que cerrar las fronteras para que no se les quede vacío el país, a fuerza de hacerlo feliz. Si las gentes de los pueblos no democráticos tuvieran libertad de emigración, media Europa se iría a Inglaterra y a los Estados Unidos, para disfrutar de esta paz, esta libertad, este orden, esta riqueza de ideas, esta seguridad y esta unidad espontánea de las democracias anglo-sajonas.

Cuando llegan aquí los inmigrantes, unos dicen: "Mi país no ha conocido la democracia"; y otros exclaman sorprendidos: "La democracia de mi país no se parecía a ésta."

Resulta pues que hay democracias sensatas, pacíficas y nobles. Y hay otras brutales y degeneradas. Pero los que se han deshecho de éstas, como los italianos y los rumanos, encuentran que los remedios inventados para sustituirlas son peores que la enfermedad, y muchos preguntan angustiados si no hay otra elección que la de sufrir una democracia falsificada o gemir bajo una dictadura auténtica.

Radiada el 20 de Abril de 1943.

II *El pesimismo de las dictaduras*

Según mis noticias, las democracias falsificadas de Europa fueron autoras inconscientes de las dictaduras. El caso se ha repetido, desde la Grecia y la Roma antiguas hasta los Bonapartes. Los demócratas fracasados pueden lamentarse ; pero no culpar a nadie.

No es cierto que toda democracia sea benéfica, ni tampoco que toda democracia sea, como creía Oscar Wilde, " el aporreamiento del pueblo por el pueblo y para el pueblo." Es también absurdo acusar a toda dictadura de ser un crimen premeditado. ¿Cómo pueden los demócratas decir tal cosa cuando han sido ellos los que han abierto la puerta al dictador ?

Los republicanos de la antigua Roma percibieron que, en ciertos momentos, un dictador podía salvar la República, y dieron al régimen dictatorial un cauce legal y definido. Limitaron su duración a seis meses, pasados los cuales el dictador podía ser juzgado por el pueblo. No creo que ningún dictador moderno aceptara esas condiciones. En todo caso, lo mismo a las democracias que a las dictaduras hay que juzgarlas según el uso que hacen del Poder.

Las democracias suelen morir de embriaguez de mando ; las dictaduras fallecen por asfixia. Yo veo signos de asfixia en Europa. ¿Qué motivos hay para que las dictaduras se tambaleen después de haberse desembarazado de sus enemigos a fuerza de sangre y de ruina ? Las democracias jóvenes y triunfantes se suicidaron. ¿Es creíble que las dictaduras salvadoras se empeñen también en quitarse la vida ? ¿Qué suerte espera a las naciones que no saben gobernarse a sí mismas si ahora resulta que tampoco consienten en ser gobernadas ?

Oigamos ante todo a los dictadores. Algunos son hombres normales, y acaso se han sacrificado creyendo salvar a su país de la anarquía ; otros sienten impulsos filosóficos o proféticos, y parecen desequilibrados. Pero hay una nota común ; todos son pesimistas. Creen que sus pueblos son incapaces de discutir sin agredirse, y de escuchar el error sin contagiarse. Hitler y Mussolini, por ejemplo, temen que, si entraran en sus países un puñado de comunistas o de demócratas, o unas docenas de libros antifascistas, se desmoronaría la fe inquebrantable que sus súbditos tienen. Hitler cree que un centenar de comunistas pervertirían a ochenta millones de germanos, mientras que ochenta millones de germanos no conseguirían convertir al buen camino a un solo comunista. Estoy seguro que los comunistas agradecen a Hitler la idea que tiene de la fuerza del comunismo, o de la flaqueza mental de los alemanes.

Parece, en efecto, que las dictaduras se asustan de abrir las ventanas, porque creen que su régimen es una planta de estufa y que sus pueblos son niños que viven de ilusiones infantiles. La más típica y completa de las doctrinas dictatoriales es la de Hitler. A su lado, el fascismo italiano y los sindicatos verticales parecen remiendos para salir del paso.

Los filósofos hitlerianos han abandonado el intelectualismo del siglo XIX, sea porque en las lides de la razón no se manejan bien, sea porque

para encontrar apoyo popular confían más en la fe. Alejandro de Macedonia convenció a los pueblos asiáticos de que era hijo de Júpiter. Los filósofos alemanes no se han aventurado a buscar progenitores celestiales. Han comprendido que la fe en un caudillo sirve para dar una batalla, pero es cimiento deleznable para un Estado.

La solución ha sido dar al pueblo alemán fe en sí mismo, convencerlo de que ha sido elegido por la Providencia para guiar y regir al mundo. Las publicaciones alemanas presentan a Hitler como fundador de una religión que infunde alma en un pueblo abatido, y presta fuerza enorme a sus ejércitos. Eso hizo el Islamismo. Pero con la diferencia de que Mahoma predicó la tolerancia, y de que los mahometanos se asimilaron las ideas y las ciencias de otros pueblos, mientras que Hitler tiene miedo a la tolerancia y a las ideas.

Por otra parte, las grandes religiones no fueron aduladoras. Se basaron en la humildad ; pero la religión de Hitler adula a su pueblo y se basa en la soberbia. Ahora bien, la humildad es invencible, mientras que toda soberbia está condenada a muerte. Hitler dice en su libro que los sentimientos humanitarios son despreciables, que la Naturaleza da el triunfo a los más fuertes y que esa es la credencial de Alemania para gobernar al mundo.

Las grandes religiones han dado al hombre una dignidad propia que no depende de nadie más que de él mismo. Por el contrario, en la religión de Hitler la calidad del pueblo alemán no depende de su propia sustancia, sino de la fuerza que tengan sus enemigos. Si Alemania es vencida, los alemanes quedan declarados raza inferior en virtud de las teorías de Hitler.

Por último, el esfuerzo de Hitler por inspirar a su pueblo confianza en sí mismo conduciría a la democracia. Para evitarla, sus filósofos han dicho que el pueblo es ciego y necesita ser guiado por un caudillo que encarne el alma de la raza y encuentre por intuición infalible las sendas providenciales.

Hitler dice a sus compatriotas que confíen en sí mismos, pero al mismo tiempo les advierte que son un pueblo ciego y necesitan ser conducidos por un lazarillo vidente. Y aquí tenemos al pueblo destinado a gobernar al mundo, pero incapaz de gobernarse a sí mismo ; y hasta incapaz de comunicarse con otros sin perder su pureza y su fe ; es un pueblo que recoge contagios pero no transmite salud. Hitler ha tenido la precaución de nombrar un sucesor, heredero de su intuición política, sin duda porque no cree a los alemanes capaces de encontrarlo, ni quiere que vayan, como hacen en el Tibet cuando muere el rey, buscando al recién nacido en quien el alma del difunto se haya alojado.

Hablo en serio, amables oyentes. Recojo las doctrinas de los libros y la prensa alemanes. Si los que me escuchan se asombran, eso me prueba que inventar una religión nueva es empresa difícil, y que tampoco es fácil encontrar creyentes, con fe germánica, en razas de espíritu más juguetón y bromista.

Yo sé que las otras dictaduras de Europa, incluso la italiana, son de otro género ; pero estudio la alemana porque soy un admirador de la ciencia y la industria y la vitalidad y el ingenio alemanes, y no participo del pesimismo de Hitler. Creo que a los alemanes les falta educación política para la democracia, pero no que sean incapaces de adquirirla.

Al contrario, cito en lugar preferente a Alemania porque el experimento de Hitler prueba exactamente lo contrario de lo que él sostiene. Si las escuelas alemanas y la propaganda han podido, en una generación, convertir a un pueblo culto en una masa de fanáticos visionarios, y hacerles creer las patrañas y leyendas más ridículas, las escuelas y la prensa y la radio podrán también, en unos años, infundirles sentido común y prepararlos a vivir, no como superhombres, sino como un pueblo inteligente y laborioso, de igual jerarquía que cualquier otro.

En los demás pueblos anti-demócratas, los dictadores han sido más modestos. Aspiraron sólo a poner fin al caos democrático, y a instaurar unidad, orden y autoridad. Esto les valió el apoyo de millones de víctimas de las democracias.

El programa para establecer unidad fué arrojar del país, encarcelar o matar a los descontentos conocidos; pero parece que hay muchos millones que guardaron silencio, o que obedecieron por temor, y el régimen de amenaza continua no permite a los gobernantes saber con quienes cuentan. Esto obliga a estricta vigilancia y a depuraciones o purificaciones cada vez más acentuadas, de modo que, a fuerza de depurar y excomulgar, el partido gobernante se hace más chico y más rígido, y los enemigos más numerosos y secretos.

Cuando para mantener el orden se acude a medidas antilegales y extraordinarias, el orden es en las dictaduras tan inestable e inquietante que se parece mucho al desorden democrático. En vez de las porras pequeñas de los partidos democráticos, a que aludía Oscar Wilde, la dictadura empuña una sola porra grande, y si las democracias eran la libertad del mal humor y de la intransigencia, la dictadura es el monopolio de ambas cosas por un solo partido. No es extraño que cargue con los odios que antes se repartían entre muchos.

Si los partidos democráticos no vivían más que para reñir unos con otros, el partido único se empeña en pelear contra molinos de viento, o en crearse enemigos reales en santas cruzadas, dentro y fuera de las fronteras.

Es cierto que algunas democracias pisotearon la justicia y pusieron en su lugar la voluntad de un pueblo vengativo. ¿Pero han restaurado las dictaduras la ley? ¿Han respetado la independencia de los tribunales, o llaman justicia a la voluntad de un partido vengador? Si en las democracias los jefes adulaban al pueblo, en las dictaduras el pueblo adula a los jefes. Si había gobernantes demócratas que vivían engañando, hay dictadores que viven engañados. El timón del Estado, que estaba en manos de pícaros o ilusos, ha pasado a las de ciegos engreídos.

Estas quejas, que vienen de escarmentados y sinceros anti-demócratas, parecen anunciar una crisis. Creo que, lo mismo ellos que los verdaderos demócratas, desearían evitar que fuera una sangrienta revancha. Y éste me parece un punto de coincidencia, un peligro común, que podría unirlos para impedir a todo trance otra revolución y otra guerra civil, que desembocarían en una nueva dictadura.

Radiada el 26 de Abril de 1943

III Democracias absolutistas y democracias liberales

Aunque la crisis de las dictaduras es evidente, resulta difícil saber lo que hay en el fondo. Quizá los que menos lo saben son los dictadores mismos, porque el silencio obligatorio, la falta de crítica y de discusión libre, han levantado entre los jefes y las masas una pantalla de aduladores que fomentan las flaquezas e impiden las rectificaciones o transigencias de los gobernantes.

Oír al pueblo no es democracia, es orientación, semejante a la brújula que no nos impone una dirección pero nos permite tomarla. Gobernantes sin oídos son navegantes sin brújula. ¿Y cómo pueden oír sin que haya libertad de pensamiento y de expresión? ¿Quién se atreve a criticar bajo la amenaza de ser fusilado o de ir a la cárcel como traidor? En vez de crítica abierta crecen los rumores subterráneos, las publicaciones clandestinas, a veces disparatadas, pero con la aureola del mártir.

Por eso los anti-demócratas que recibieron con júbilo a las dictaduras, están ahora alarmados por la falta de libertad. Temen que, sin la válvula de la publicidad, las quejas sofocadas y las doctrinas prohibidas estallen trágicamente.

También los espíritus religiosos están preocupados. Dicen que las religiones no fueron perseguidas por las democracias más que en los casos en que una religión privilegiada había vivido al amparo de un régimen político y cayó por el error de haberse abrazado a él. Para evitar que vuelva a ocurrir esto, los protestantes y los católicos se mantienen en Alemania alejados, y hostiles, al gobierno de Hitler. Y unos y otros han condenado la persecución de los judíos por los nazis.

Una religión que aspira a ser privilegiada tiene que hacer pactos con el Poder público, cuya protección va en detrimento de la sinceridad religiosa y hace a las otras religiones enemigas de la oficial. Por eso las religiones que no se atrincheran tras el Poder, se atrincheran tras la libertad.

Las dictaduras están contribuyendo a fomentar tres movimientos: uno democrático liberal, otro democrático anti-liberal, sea socialista sea comunista, y el tercero liberal anti-democrático que parece un eco del doctrinarismo de hace un siglo. ¿Cuál triunfará en cada país? El más difícil es la democracia liberal.

Hay quien cree que las democracias sólo viven en pueblos con muchas y buenas escuelas, donde todo el mundo puede leer y escribir y aprende historia. No es exacto. Ha habido democracias sanas con masas ignorantes, y democracias podridas y violentas con masas ilustradas. El saber es cosa excelente, pero no basta para infundir respeto y amor al prójimo. Yo creo que la suerte de las democracias depende en gran parte del terreno en que se siembran.

Las democracias han tenido dos clases de madres: hay democracias hijas de la opresión y hay democracias hijas de la libertad. Cuando un pueblo oprimido bajo el absolutismo no puede soportarlo más, y estalla en

explosión revolucionaria, suele adoptar un absolutismo anti-absolutista, es decir una dictadura demagógica como la de los Jacobinos en la Revolución francesa. El caso contrario es el de los pueblos que, en vez de rebelarse contra la autoridad excesiva, para apoderarse de ella, optan por imponerle limitaciones y reducirla al mínimo, es decir, conquistar la libertad antes que la democracia. Así ocurrió en Inglaterra, donde la libertad es muy antigua y la democracia muy reciente.

Las democracias hijas de las dictaduras surgen repentinamente, en un pedazo de papel que se llama Constitución, y caen en manos de generaciones que, por haber sido educadas bajo el absolutismo, no tienen fe más que en la autoridad; no han conocido la libertad ni saben usarla; no se les ocurre más que oponer una fuerza a otra fuerza; emplean la mayoría para aplastar toda resistencia o disidencia. Arrasar es más sencillo que construir, y las democracias arrasadoras suelen ser incapaces de hacer alto en la embriaguez revolucionaria; no se sienten tranquilas ni satisfechas hasta que el último enemigo ha sido aniquilado, y es bien sabido que un gobierno sin enemigos no puede ser gobierno democrático.

Las democracias hijas de la libertad nacen muy lentamente, en un parto de siglos, y nacen por grados, sin que pueda fijarse la fecha. Cuando Inglaterra inició tímidamente su democracia actual, en 1832, llevaba siglos de Parlamento, como tornillo liberal que fué estrechando la autoridad de la Corona. Estas democracias de origen liberal son asociativas y transigentes; no viven de aniquilar enemigos, sino de convencerlos; consisten en una serie de pactos para no reñir; piden crítica, porque toda oposición es una invitación al cambio, es un nuevo gobierno potencial, es anunciar y someter a estudio un programa de mejoras. En la verdadera democracia liberal el gobernante está anhelando encontrar sustituto que recoja la carga.

En las democracias arrasadoras los gobernantes se consideran en posesión de la soberanía ilimitada e irresistible del pueblo; mientras en las democracias liberales los gobernantes son mediadores que quieren limitar, evitar o apaciguar los conflictos, con el menor rozamiento posible. En la demagogia truená la ronca voz del pueblo y predominan los modales rudos y las soluciones radicales; el liberalismo rehuye el ruido excitante, quiere sosiego y ademanes corteses.

Si repasamos ahora las democracias caídas veremos que, en general, han sido las engendradas por la presión del absolutismo. La democracia francesa de 1789 fue una explosión contra la Monarquía de derecho divino, y a los 15 años se había convertido en el Imperio napoleónico. Y ambas cosas por impulso de las masas. Mirabeau inició la Asamblea Constituyente diciendo: "Estamos aquí por voluntad del pueblo"; y ese mismo pueblo proclamó Emperador a Napoleón, en 1804, por más de tres millones de votos. Cuando los rusos arrojaron la opresión secular del Zarismo, en 1917, el Gobierno de Kerenski quiso ser una democracia liberal, con sufragio universal y gran autonomía de las provincias; pero el pueblo se fué con Lenin que exigía centralización, disciplina estricta y dictadura del proletariado. Por el voto de 30 millones de alemanes, hombres y mujeres, la Asamblea de Weimar creó en 1919 una República democrática federal con todas las libertades del ciudadano; el pueblo alemán se emancipaba del

Prusianismo, de la dictadura tipo Bismarck y del absolutismo imperialista ; pero en 1933 la asamblea democrática de ese pueblo, no educado en la libertad, votaba una dictadura en favor de Hitler.

¿ De qué les sirvió a los austriacos, educados en el absolutismo, su Constitución federal y democrática de 1920 sino para desembocar en una guerra civil entre socialistas y fascistas ? ¿ Qué hicieron los húngaros con su República democrática de 1918, sino caer, a los cuatro meses, bajo la dictadura roja de Bela-Kun y luego bajo la blanca de Horthy ? En Polonia la democracia que montó Pilsudski en 1921, terminó en dictadura constitucional en 1935. La República griega de 1924 se extinguió a los nueve años. Los países balcánicos, después de pasar siglos bajo el absolutismo turco, han fracasado en sus intentos de crear democracias.

Las democracias que han sobrevivido, sea en forma republicana, sea en forma monárquica, han sido las que tuvieron una raíz liberal, o sea las de los pueblos anglo-sajones, las de los países escandinavos y las de las pequeñas naciones como Suiza, Holanda y Bélgica, cuya médula ha sido la resistencia a toda dictadura.

Esto demuestra que los pueblos que sufren bajo la intolerancia se hacen intolerantes, y cuando una revolución les da el Poder se emborrachan con él y acaban aclamando a un dictador que se contagia de la borrachera y ensalza la intolerancia, como medio único de eliminar a todos los malos, sin dejarles otra puerta que la revolución para volver a empezar.

Hay en los pueblos de Europa cansancio y malestar. Hay una sorda guerra civil de los espíritus. No hay confianza. Los dictadores la inspiraron mientras se creyó que tenderían la mano a amigos y a enemigos. Han hecho lo contrario ; explotan la intranquilidad, la intransigencia y el miedo. Hitler y Mussolini usan el peligro comunista como la muleta roja los toreros, para llevarse al toro donde les conviene. Pero se han encontrado con que el toro anglosajón no acude al trapo rojo, por muy rojo que sea, sino que se va al cuerpo. Y así Hitler y Mussolini, en su toreo internacional, no se han llevado con su muleta comunista más que becerrillos sin picardía y sin fuerza.

No ; el peligro que corren las dictaduras no es el peligro comunista, sino el que ellas llevan en su entraña cuando no son pacificadoras y generosas, cuando se convierten en recintos herméticos sin otro escape que la explosión revolucionaria. Cada régimen político, como observó Aristóteles, es víctima de su exageración ; cada partido muere a manos de su ultra-partido. Los ultra-demócratas matan a las democracias y los ultra-dictadores a las dictaduras.

Pero las dictaduras tienen ya dentro de sus fronteras una masa de ciudadanos desengañados que desean una transformación pacífica. Creo que pueden contar con el apoyo moral de las naciones democráticas que quieren reconstruir a Europa sin violencias ni sangre.

Saben que todo pueblo es susceptible de un cierto grado de educación política. Los ingleses, en sus colonias, han suprimido crueldades y barbarie análogas a las que imperan ahora en Europa ; han organizado la justicia, han protegido la libertad y han enseñado a los indígenas a gobernarse a sí mismos. Esto sugiere, ante la crisis de las dictaduras, dos problemas ; ¿ Qué organiza-

ción política puede aconsejarse a las naciones donde la democracia no se ha aclimatado? ¿Por qué medios pacíficos podrían ellas mismas implantar su nueva organización?

Radiada el 4 de Mayo de 1943

IV El semillero democrático

Tienen razón muchos millones de europeos que no quieren democracia, porque dicen que la han probado y es difícil imaginar cosa peor. Por eso se agarraron a la dictadura como el náufrago a un leño medio podrido; aunque también por eso, al llegar a la orilla, quieren tirar el leño, inservible, sucio y pesado.

Tienen también razón millones de gentes cultas que viven en un régimen democrático y no lo cambiarían por ningún otro. Les cuesta sacrificios, pero creen que valen la pena. Yo vivo en una de esas democracias: Inglaterra. He vivido en una mayor: los Estados Unidos; y en una pequeña: Suiza. He recorrido otras. Y comprendo que sus hijos no conciben cosa mejor, porque combina la libertad con el orden, la variedad de ideas y opiniones con la unidad de acción, la pugna fecunda de los espíritus con la seguridad, la paz y la salud de los cuerpos.

Ni los demócratas ni los anti-demócratas me parecen, por el hecho de serlo, seres superiores o seres inferiores. Cada uno cuenta de la feria según le va en ella. No hay más que dos explicaciones: o sobre gustos no hay nada escrito, y hay quien goza en una feria con espías y policía y sayones patrioterros y mojigatos, o es que los demócratas y los anti-demócratas no han asistido a la misma feria.

Yo creo esto último, porque los demócratas no aciertan a explicarme lo que es democracia, y los anti-demócratas me describen bajo ese nombre un sangriento choque de fantasías, egoísmos e intolerancias.

En Ginebra, dirigía yo, poco antes de la guerra, una Unión Internacional de Estudiantes que congregaba a los de quince o veinte países. Los nazis decían que si democracia no es más que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, Alemania es la más democrática de las naciones, porque en ninguna otra un gobernante cuenta con la confianza más absoluta de una mayoría más numerosa y compacta, ni en ninguna parte una mayoría ha elegido forma más eficaz de gobierno que la de un guía sin trabas ni estorbos, verbo y brazo de la nación.

Los americanos contestaban que en los Estados Unidos se busca la voluntad nacional permitiendo que las gentes expongan sus ideas, discutan, formen partidos, publiquen periódicos y hagan propaganda de cualquier género en política, en religión, en economía y en asuntos internacionales.

Esto me convenció de que los americanos llamaban democracia a los derechos de los individuos frente a la mayoría, y los alemanes nazis llamaban

democracia a la voluntad dictatorial e implacable del mayor número, es decir, de la fuerza. Cada uno pensaba según lo que había mamado y conocido : en los Estados Unidos, el aroma de la libertad ; en Alemania, la cadena de la sumisión.

Así llegamos a la conclusión de que la voluntad de la mayoría no es la nota esencial de una democracia, porque existe y domina en dictaduras como las de Alemania e Italia. Lo característico de una democracia es que la mayoría no se considere infalible ni omnipotente, que no intente impedir el triunfo de las ideas de sus adversarios, que los respete y los proteja. Lo característico de la dictadura, sea parlamentaria o unipersonal, es no reconocer a otros lo que ella reclama para sí, es el privilegio, la infalibilidad, y la opresión. De donde resulta que la dictadura es un régimen mayoritario, y que la auténtica democracia es un régimen minoritario, tolerante y protector de los débiles.

Digo *auténtica* porque la democracia no es un sistema filosófico ni lógico que pueda definirse. ¿ A quién se le va a ocurrir que lo que piense la mayoría sea, por ese solo hecho, lo más acertado ni lo más justo ? ¿ Quién va a sostener que cuantas más manos intervengan mayor será la perfección y la unidad de una obra ? Es ridículo creer que uno que no sabe administrar su casa, si es elegido diputado sabrá administrar la nación. Da risa ver el desenfado con que un representante del pueblo aborda temas de sanidad, o de guerra, o marina, o educación, o agricultura, con una ignorancia enciclopédica.

No ; la democracia no es una doctrina. Es un producto de experiencia histórica. Las democracias modernas han sido inventadas por los países anglosajones. Los tratados de derecho político no son más que descripciones del modo de gobernarse esos países, poblados por una raza práctica y utilitaria, con un prodigioso instinto de comodidad y de bienestar que la ha llevado a descubrir, por tanteos, ensayos y avenencias, un modo de vivir en paz, gozar seguridad y abundancia y tener cada uno sus ideas sin reñir con los otros. Pero no creamos que ese régimen es cosa fácil. Los ingleses han necesitado siglos para prepararlo y tendrán todavía tropiezos y fracasos.

Que no se censan pues en hacer Constituciones los pueblos que aspiren a tener democracia. La democracia no puede ser constituida ni transplantada ; hay que plantarla de semilla y criarla. Todo lo que Inglaterra puede darnos es una lección de crianza política.

Desde sus albores a nuestros días, la democracia inglesa no ha sido nunca la fuerza de una mayoría que dicta su voluntad. No nació porque la sociedad decidiera gobernarse, sino porque los individuos decidieron hacer respetar sus derechos : el derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad. No se asusten mis oyentes si digo que la democracia fué hija del individualismo y del capitalismo, o en otras palabras, del Estoicismo y el Cristianismo, que fueron quienes descubrieron al individuo, y del Derecho Romano que fué quien lo defendió. Por eso Hitler levanta : frente al Cristianismo, el Paganismo ; frente al Derecho, la Fuerza ; y frente a la Democracia, la Dictadura.

Veamos cómo los ingleses inventaron la democracia. Las más antiguas asambleas en los pueblecillos anglo-sajones, antes de la invasión normanda del

siglo XI, parece que no hacían política, es decir, no eran una pugna para conquistar el mando. Se ocupaban de la justicia, del orden público y de la administración de los bienes comunes. Eran, ante todo, tribunales de justicia que, por consiguiente, no intervenían mientras no había conflicto. Comparémoslas con nuestras autoridades modernas, que son un “ métete-en-todo ”, y encontraremos que allá por los siglos V al X las ciudades y los pueblos ingleses tenían ya, en forma larvada, las instituciones de libertad y justicia que fueron luego el régimen liberal.

Había reyes, y los reyes tenían Consejos de magnates, dignatarios y altos funcionarios como órganos técnicos e informadores. Los dictadores modernos escogen aduladores de su partido, o arrivistas sedientos de mando, sin experiencia, prudencia ni prestigio. Los rudos reyes britanos y sajones no buscaban ni necesitaban aplauso, pedían crítica y colaboración.

Traducido al lenguaje moderno diríamos que aquel régimen rudimentario era ya un gobierno de magistrados y de intelectuales. El pueblo se sentía amparado por jueces imparciales que decidían lo que era justo, y por hombres conocedores que servían de guías. Esto no era democracia todavía. Afortunadamente los ingleses se salvaron de lo que tantos millones de europeos han padecido : de una democracia sin raíces que se les cayó encima al primer vendaval. Para que la democracia fuera sistema de gobierno y no cáncer de desgobierno, Inglaterra comenzó clavando, en medio de la barbarie de la alta Edad Media, dos firmes pilares : una *Justicia* independiente protectora de los individuos, y una *Inteligencia* orientadora de la vida colectiva.

La unidad política de la nación inglesa no la hicieron los Britanos ni los Sajones, como en España no la hicieron los iberos ni los celtas. La hicieron los invasores extranjeros, los reyes Normandos. Pero ellos introdujeron el feudalismo, que era el régimen de la fuerza. El instinto de defensa inglés ha sido siempre evitar que una fuerza sea única, es decir, oponerle otras para alcanzar equilibrio y conseguir así la máxima libertad para todos.

Eso hicieron con las cuatro potencias del feudalismo : Rey, Nobleza, Iglesia y Ciudades. La que pretendía sobresalir y dominar tenía en frente una alianza de las otras. El instinto de unirse todos contra el matón, contra el guapo, contra el intransigente, es la médula de la política inglesa. No es médula democrática ; es médula liberal. No reclama todavía el Poder ; quiere sólo evitar su imposición arbitraria.

Esto hizo imposible en Inglaterra una Monarquía absoluta de tipo continental, y por eso se salvó la Monarquía. Hizo imposible una nobleza egoísta e insolente, y por eso se salvó la nobleza. Hizo imposible una Iglesia monopolizadora y huraña, y por eso se salvó la Iglesia. E hizo imposibles unas masas ensoberbecidas y violentas, y por eso nació la democracia.

Radiada el 11 de Mayo de 1943

V De cómo se amarra a los dictadores

Casi toda Europa está bajo un régimen de hierro y de miedo. Nadie sabe cómo salir de él. Las multitudes dicen : ¿ Qué va a ser de nosotros si esto sigue ? Los dictadores piensan : ¿ Qué va a ser de nosotros si esto acaba ? Frente a un régimen de fuerza ha habido en la historia dos actitudes. Una es la oriental, partidaria de la resistencia pasiva. Esta fué la que adoptaron los primeros cristianos y la que ha predicado Gandhi en la India. Pero no veo porqué la inacción sea mejor ni peor que la acción. La pasividad de un médico puede matar a un enfermo lo mismo que clavándole un puñal. Dejar morir a uno pudiendo salvarlo es una forma de homicidio, cómoda, pero no menos criminal. La segunda posible actitud frente a un régimen de fuerza es oponerle una fuerza mayor. Pero a los ingleses se les ocurrió, hace muchos siglos, que derribar un régimen de fuerza mediante una fuerza mayor era como deshacerse de un verdugo de manos blandas poniendo en su lugar otro de buenos puños. Eligieron un remedio más ingenioso : fomentar el mayor número posible de fuerzas antitéticas ; y gracias a ese sistema pudieron permitirse el lujo de conservar a todos sus tiranos, pero maniatados, que es como parece que son, no sólo decorativos, sino útiles.

¡ Y tan útiles ! Los monarcas ingleses, una vez maniatados, dieron a Inglaterra instituciones políticas emanadas del ingenio que un jefe necesita cuando no tiene " manos libres ". Gobernar a un pueblo amarrado y amordazado lo hace cualquiera que se haya iniciado en el viejo arte de hacer bailar a los osos al son de un pandero. Lo original y sorprendente es lo contrario : gobernantes amarrados que se encargan de guiar a un pueblo libre. Ellos son los que han inventado el arte político británico.

El rey angevino Enrique II, en la segunda mitad del siglo XII, queriendo evitar la división de Inglaterra en señoríos feudales casi independientes, como los de Francia, se apoyó en el pueblo frente a la nobleza, pero en vez de destrozar a los nobles los atrajo y los hizo vocales del Consejo Real, que era como darles participación en el Gobierno. Para que no se convirtieran en caciques políticos, acentuó en el Consejo las funciones de Justicia, de modo que los nobles díscolos se vieron transformados en jueces, con el pueblo por bajo, para quejarse al rey, y con el rey maniatado encima.

Todo esto era siglos antes de haberse inventado la teoría de la división de Poderes, porque entre las rarezas de este pueblo está la de que primero hace las cosas y luego las descubre. Rey, Nobleza, Iglesia y Pueblo mantuvieron el equilibrio y, poco a poco, cada uno se resignó a tener que contar con los otros.

Atravesamos ahora en muchos aspectos una nueva Edad Media, un período de violencias. Para hacerles frente la solución del equilibrio fue un primer paso. Toda fuerza enemiga de la libertad se convierte en fuerza liberal cuando es una entre muchas a las que no puede dominar. Y toda fuerza liberal anda en busca de un régimen de Derecho y no puede vivir sin él.

Oímos hablar de la omnipotencia del Parlamento inglés. El Parlamento inglés nació muy lentamente y no nació para legislar, ni para expresar

la voluntad del pueblo. Tampoco nació para cantar loas a un caudillo, ni para fortalecer su dictadura, ni para cubrir su retirada. El Senado, o Cámara de los Lores, es más antiguo que el Congreso. Fué en el siglo XII una asamblea de la alta nobleza, principalmente para administrar Justicia. ¿Era virtud de aquellos rudos magnates? Yo no me atrevería a garantizarlo. Pero desde luego era su interés primordial, porque se apercibieron quizá de que las masas soportan privaciones y trabajos, pero se alzan contra el agravio sin sanción. Vieron acaso también que, ofrecida por una nobleza independiente, convertía a ésta en aguja de la balanza, o voz de la ley impersonal y objetiva, frente al capricho popular y al capricho real. Han pasado ocho siglos. Los nobles no tienen ya privilegios, ni tienen siervos, ni gobiernan al pueblo inglés; pero la Cámara de los Lores sigue siendo, entre otras cosas, el Tribunal Supremo de apelación, orientador de la justicia allí donde hay derechos que se consideran lesionados. Los ingleses no se someten a un dictador, ni lo necesitan, mas acatan a una Asamblea de hombres que, sin ser sus representantes, custodian la tradición británica, la continuidad de las reglas, casi me atrevería a decir la imparcialidad y la serenidad de los muertos, en medio de las pasiones y los conflictos que son trama de la vida. Pero el pueblo inglés respeta a sus Lores a condición de que sus Lores respeten al pueblo inglés.

El origen del Congreso de los Diputados, o Cámara de los Comunes, tampoco fue ni un germen democrático, ni un instrumento del Poder monárquico. Nació de una Asamblea de delegados de las provincias o condados, reunida en 1213, para decidir la indemnización que un rey violento y débil, el Rey Juan, habría de pagar al clero por haberle arrebatado ilegalmente bienes y sumas de dinero. He aquí clero, nobleza y ciudades coaligados contra la Corona, en nombre de la justicia. Esa coalición obligó al rey Juan a firmar la famosa Magna Carta de 1215 que, en suma, consagró ciertas libertades y colocó al rey, lo mismo que a todos sus súbditos, bajo la autoridad suprema de la ley. Así lució la aurora liberal. Poco después amaneció la democracia.

Y fué porque el Rey Enrique III necesitó dinero y hubo que convocar en 1254 cuatro caballeros de cada provincia para pactar lo que podrían darle. El hecho se repitió, como en las antiguas Cortes españolas. Los procuradores de las provincias no concurrían para gobernar; no iban más que a pedir cuentas al Gobierno. Y esa sigue siendo la función esencial de la Cámara de los Comunes. Para los ingleses democracia es, ante todo, el derecho del pueblo a pedir al gobernante cuenta de sus actos y de sus propósitos. Llamam dictador al que se resiste a rendirla, al que mata, encarcela o expulsa a quienes podrían exigírsela, y hasta al que siente miedo y, con las libertades suprimidas, llama a unas docenas de deudos y paniaguados para que le absuelvan.

Como tantas otras veces, los ingleses del siglo XIII no se dieron cuenta del alcance de lo que hacían, pero lo hicieron. Fué nada menos que resolver pacíficamente un conflicto entre dos soberanías: la soberanía del rey sobre sus súbditos y la soberanía de los ciudadanos sobre sus bolsillos. Era un conflicto entre el Derecho Público y el Derecho Privado. El monarca prometía gobierno y exigía dinero; los súbditos lo ofrecían a condición de conocer y aprobar su empleo.

La aceptación de ese pacto fue el cimiento de la democracia inglesa. La democracia no ha sido quizá nunca el gobierno por el pueblo, y desde luego no lo es ni puede serlo en las naciones modernas, con sus problemas técnicos imposibles de comprender para la multitud.

En el pacto inglés entre los contribuyentes y el Rey, el Derecho Público, representado por el Estado, se subordinó al Derecho Privado de los individuos, y por eso no hay gobierno posible sin que los súbditos consientan. Aquí está el contraste fundamental entre la concepción inglesa liberal y la concepción alemana del Estado omnipotente. Más que discusión de filósofos, es un sentir popular. Cuando, en mis conferencias a los obreros ingleses, he descrito las teorías del organismo social y la idea hegeliana del Estado, me han dicho que ellos no ven en la sociedad más que un número de individuos, y que sacrificarlos a todos para que la sociedad sea feliz es una locura que sólo cabe en cerebros alemanes.

Cuando, en la Edad Media, se enfrentaron los Poderes absolutos del Papado y del Imperio, Inocencio III comparó al Papa con el Sol, y al Emperador con la Luna; pero con Papas de menor empuje los papeles cambiaban, y los conciliadores llegaban al arreglo de las dos soberanías o las dos espadas iguales. En el andamiaje de la Constitución política inglesa el equilibrio de fuerzas no tendía a mantener Poderes absolutos, sino a contraponerlos para que no lo fueran, a fin de salvar las libertades y dejar paso a la justicia.

Gran parte de la Europa de nuestros días se daría por contenta con las instituciones políticas inglesas del siglo XIII. Los ingleses no saltaron de la barbarie a la democracia. Quizá los países sumidos ahora en la barbarie dictatorial deberían empezar construyendo las barreras económicas, religiosas, intelectuales y legales que dividan el Poder único, insolente y desbocado, en fragmentos inofensivos.

Radiada el 18 de Mayo de 1943

VI De la Dictadura a la Justicia

Los ingleses aborrecen la dictadura porque aman la libertad, pero además porque son productores y comerciantes. La dictadura, igual que la revolución, pueden, a veces, salvar la vida de un pueblo, pero nunca pueden dársela. Toda dictadura pende de un hilo. Las gentes no se atreven a hacer planes ni arriesgar sus recursos o su trabajo; la máquina económica se paraliza. ¿Cómo salir del atolladero? En el siglo XIII un eclesiástico inglés, Juan de Salisbury, dijo en un libro que si algún monarca infringe las leyes eternas puede ser ejecutado. Sostuvieron la legitimidad del tiranicidio, en los siglos XVI y XVII, teólogos protestantes, y teólogos católicos como los jesuitas Rivadeneira y Mariana. Sin embargo, no se acaba con las dictaduras

matando dictadores, como los dictadores no acabarán con las democracias matando demócratas. ¿Qué religión o qué doctrina han sido exterminadas con fusiles u hogueras?

Ya he dicho que la receta inglesa contra el peligro dictatorial ha consistido, desde el siglo XIII, en contraponer las fuerzas sociales para que ninguna gane omnipotencia y, a favor de ese equilibrio, proteger al ciudadano con un sistema de Derecho independiente de los vaivenes políticos. ¿Pero cuáles son los Códigos ingleses?, dirán mis oyentes. ¿Quién los hace que no pueda deshacerlos? ¿No es ley en una democracia la voluntad de la mayoría?

No. Los dos pueblos con aptitud privilegiada para el Derecho: la Roma antigua y la Inglaterra moderna, no han tenido Códigos. La mayor parte del derecho inglés no ha sido dictado por los reyes, ni votado por el Parlamento.

La Edad Media se devanó los sesos en busca de reglas inmutables y universales, para todos los hombres y todos los reinos. La solución más a mano fue derivar el Derecho de la voluntad de Dios; pero los que pretendían conocerla no se ponían de acuerdo, y las reglas que daban se parecían tanto a las doctrinas de Aristóteles y de los romanos, que fue difícil otorgarles jerarquía celestial.

Como la voluntad divina era oscura, la voluntad de los reyes frágil, y la voluntad del pueblo movediza, los ingleses encontraron por fin una voluntad que reunía las dos condiciones de ser clara y de ser inmutable. Y fue la voluntad de los muertos, la costumbre; y por eso el Derecho inglés ha sido consuetudinario.

Es cierto que son principalmente las sociedades rudimentarias las que se rigen por costumbres. Pero lo peculiar del pueblo inglés ha sido crear la civilización más exquisita con elementos de vida primitiva, o sea convertir en frac el taparrabos. Las juventudes avanzadas calificarán la costumbre de antigualla, dirán que es traje pasado de moda. En efecto, todavía los jueces ingleses se presentan en los tribunales con pelucas de rizos colgantes. Llevan debajo cerebros siglo XX, pero es la peluca la que convierte sus fallos en ley.

Inglaterra acepta la costumbre, no como dogma inmutable, sino como el propietario que no derriba la casa vieja hasta que construye una mejor, precaución conservadora que deja abierta la puerta a todas las novedades, gracias a la habilidad que los ingleses tienen para llamar a los muertos a capítulo y hacerles que rectifiquen, en vista de las nuevas circunstancias. Esta interpretación de las costumbres mantiene enlazada a cada generación con las precedentes y las hace a todas inmortales.

Una sociedad de soñadores, empeñados en demoler cuanto no esté a la última moda, no conseguirá tranquilidad ni riqueza. Los labradores de los campos, los industriales y los comerciantes, no quieren estar esperando todas las mañanas a saber lo que el Parlamento ha declarado permitido o prohibido. Un Parlamento que traquetea imprudentemente el Derecho se asemeja a una casa de juego.

La voluntad del pueblo es soberana en una democracia; pero esa soberanía puede ser sensata o insensata. Y es insensata si cree que una nación puede vivir pendiente cada día de las reglas que se le dicten la víspera.

Yo creí que no habría nada más funesto, pero luego he visto que las Dictaduras han inventado un Derecho peor que el de la víspera ; han inventado el Derecho del día siguiente, es decir, han dado efecto retroactivo a las leyes penales, han condenado a muchos por actos que cuando fueron realizados no eran delitos, por ejemplo, haber votado esta o aquella candidatura, o haber pertenecido a un partido político, o haber sido amigos de determinada persona.

Entre los errores de las dictaduras ninguno hay tan grave como éste. La turba que asesina desacredita la democracia ; pero el juzgador que condena sin ley, o por ley posterior al hecho, desacredita la autoridad. ¿ Cómo puede invocarla el que comenzó burlándola y no se somete a ninguna ?

En Inglaterra se aprecia la gravedad de esa política anarquizante porque a Inglaterra le costó siglos de esfuerzos organizar una justicia independiente, que es la espina dorsal de un pueblo civilizado. El régimen inglés ha arrancado de la idea de que el Derecho es anterior a la autoridad y a la democracia. ¿ Quién le da, si no, al pueblo la atribución de elegir un Parlamento y al Parlamento la facultad de votar leyes ? ¿ Cómo puede colaborar en una democracia el ciudadano sin contar antes con la protección de su libertad de opinión y de voto ?

La Inglaterra feudal andaba ya en busca de un sistema de justicia. Existía una jurisdicción señorial y otra eclesiástica, pero claudicaban cuando se atravesaban intereses del señor o de la Iglesia. Había tribunales de jurados burgueses en las ciudades, pero no siempre resistían al soborno o la amenaza. Los reyes normandos organizaron tribunales ambulantes que recorrían el país para corregir abusos y unificar, poco a poco, la variedad de reglas consuetudinarias. Así se fué formando casuísticamente una jurisprudencia que se llamó *Derecho Común*.

Y esas reglas, que nadie ha discutido ni votado, esa voluntad de los muertos, sigue siendo el Derecho de la Inglaterra del siglo XX. Los mismos tribunales ambulantes que, bajo los reyes normandos, entraban en carroza, en procesión solemne, llegan ahora en trenes o automóviles a las ciudades y celebran audiencia pública durante un par de semanas.

¡ Pero cuántos siglos de perseverante forcejeo ha costado esta justicia que no esté a merced del dictador, ni del Parlamento, ni del pueblo ! Porque no todos los reyes ni los Parlamentos se han acomodado a respetarla.

A fines del siglo XV, Enrique VII creó el “ Tribunal de la Cámara estrellada ”, para castigar a los poderosos que corrompían o atemorizaban a los jueces. Pero era un Tribunal sin jurados y sin garantías de procedimiento. Carlos I, en el siglo XVII, lo convirtió en un tribunal al servicio del absolutismo, como han hecho con los suyos los modernos dictadores. Pero Inglaterra no lo toleró. El Parlamento suprimió el Tribunal y, tras una guerra civil, el rey absolutista fue decapitado, con tanta ilegalidad como la que él había usado.

La República inglesa fue una dictadura parlamentaria en colisión con una dictadura militar. Ambas cayeron por prostituir la justicia y las costumbres del país. De nuevo, Jacobo II destituyó jueces y nombró otros complacientes con sus atropellos a las leyes. El pueblo le volvió la espalda y perdió la corona. Por último, el Parlamento prohibió, en 1689, que los

reyes crearan tribunales especiales, o impidieran la aplicación de las leyes, y la ley de 1701 prescribió que los jueces no puedan ser destituidos sino por decisión del Congreso y del Senado.

Esto no era crear una democracia, pero era cerrar el camino a la dictadura. Era estabilizar la posición de los reyes. La justicia, empleada como instrumento de despotismo, les había abrasado las manos; cuando la aceptaron como soberana, ella protegió a los soberanos. Es justamente lo que no han sabido hacer los modernos dictadores.

En esa larga etapa, que no era ya dictadura ni era todavía democracia, se engrandeció Inglaterra sin volver a sufrir convulsiones ni discordias civiles.

En Inglaterra todo funcionario es responsable de sus actos contra la ley, aunque los realice por mandato superior. Calderón, en "La Vida es Sueño", hace decir a Segismundo: "En lo que no es justa ley—No ha de obedecer al rey". Ese es el principio inglés; si el jefe del Estado manda contra ley, los jueces no le deben obediencia.

Publica la prensa, de vez en cuando, casos de Ministros de la Corona acusados ante los tribunales por un particular, con razón o sin ella, de alguna ilegalidad. En plena guerra, hace pocas semanas, el Tribunal Supremo federal de la India, del cual forman parte magistrados indostánicos, ha declarado la improcedencia de ciertas detenciones practicadas por la policía británica. ¡Qué contraste con el servilismo de los juzgadores en las dictaduras modernas!

Los países que padecen la dictadura, pero tienen miedo a la democracia, deben estudiar en la Historia inglesa la etapa de tránsito de una a otra por el puente de la libertad y la justicia. Lo malo es que no ha sido el pueblo, sino los gobernantes, quienes han roto ese puente en nuestro siglo, lo mismo en las democracias falsificadas que en las dictaduras auténticas. Y los gobernantes que lo han roto encuentran grandes dificultades para reconstruirlo, porque no pueden crear un régimen de imparcialidad sin ser ellos sus primeras víctimas. Están en un callejón sin salida. No podría encontrarla más que un jefe antidictatorial, un estadista equilibrado, que no haya derramado sangre inocente ni atropellado el Derecho, y que se limite a mantener el imperio de las leyes y la independencia del Poder judicial, para que el país prepare, por medios pacíficos, la nueva constitución política.

¡Que nadie crea que es cosa rápida! Un rey se corona en un día; un Parlamento se reúne en unas semanas; pero un organismo de tribunales inamovibles que no estén al servicio de partido alguno, necesita años de prueba antes de ganar prestigio y confianza. No pueden inventar un nuevo Derecho. Tienen que comenzar aplicando el antiguo, es decir, la voluntad de los muertos. Será un poco anticuada, pero quizá no peor que el capricho de algunos vivos.

Al tambalearse las dictaduras se vislumbran por tanto tres posibilidades: O una revolución derriba al dictador para instaurar la dictadura del proletariado, o los partidos políticos se reconcilian para ensayar de nuevo una democracia, o surge un jefe que devuelva la libertad y restaure la ley. ¡Naciones continentales, a elegir!

Radiada el 25 de Mayo de 1943

VII De la Justicia a la Democracia

Se acerca el ocaso de las dictaduras. Sus víctimas preguntan cómo se organiza una democracia verdadera. Contesten los que han sabido conservarla.

En Inglaterra la democracia no ha sido fruto de ninguna revolución, ni de ningunas Cortes Constituyentes. Es difícil fijar cuándo empezó pero sabemos que no ha alcanzado su plenitud hasta tiempo muy reciente, hasta 1928. Se preparó desde la Edad Media y se ha implantado insensiblemente y por grados: extendiendo, poco a poco, el derecho al voto; educando a los ciudadanos antes de concedérselo; y evitando que la soberanía del Parlamento degenerase en dictadura mayoritaria.

El Parlamento inglés surgió en el siglo XIII por la resistencia de los nobles y el pueblo a dar al rey dinero y soldados. Fué una asamblea de nobleza, clero, dos caballeros por cada provincia y dos vecinos de cada ciudad. Se dividió en dos Cámaras, la de los Lores y la de los Comunes, llamada ésta así porque representaba no a los individuos, sino a las provincias y municipios que eran pequeñas repúblicas de clases medias.

Bajo ese régimen, mezcla de monarquía, aristocracia, teocracia y democracia, estas islas, con escasa población y sin ejércitos, vencieron a las dos grandes potencias europeas, España y Francia, y se apoderaron de los mares y de un imperio colonial. Lo sorprendente es que, en la antigüedad, los Imperios de Macedonia y Roma, y desde el siglo XVI España, Francia, Alemania y la moderna Italia, realizaron sus programas imperialistas aumentando el Poder del Estado, y restringiendo la libertad de los ciudadanos, mientras que los ingleses nunca se convencieron de que, para ser poderosos como nación, necesitaran ser esclavos como individuos. Todo lo contrario: cuando Inglaterra llega a la cima de su expansión, en el siglo XIX, alcanza también la cúspide de los derechos del hombre, de la descentralización y de la responsabilidad de los gobernantes. El Parlamento, en 1399, depuso a Ricardo II por absolutista y, al entronizar la dinastía de Lancaster, con Enrique IV, exigió que los consejeros del rey contaran con apoyo parlamentario, y que pudieran ser procesados y juzgados por el Senado, precaución del siglo XV contra las camarillas de favoritos irresponsables que son la última moda en la Europa moderna. Tuvo así Inglaterra gobiernos responsables ante el Parlamento, antes de tener un Parlamento democrático.

Hasta 1832 sólo tenían voto los que eran propietarios en cierta cuantía, o sea los que tenían algo que perder. Ser diputados había sido una carga. Hubo épocas en que los elegidos huían, y había que prenderlos para llevarlos a la fuerza al Parlamento.

En Inglaterra y Gales, con 14 millones de habitantes, sólo tenían voto 435,000. En 1832 se añadieron 217,000 votantes de las clases medias educadas. Quedaban aún cinco sextas partes de varones adultos sin voto. En 1867, el Gobierno de Disraeli añadió 938,000 votantes de las bajas clases medias y obreros de las ciudades. En 1884 se concedió el sufragio a todos los varones mayores de 21 años; en 1918 a las mujeres mayores de 30; y en

1928 a todo ciudadano, hombre o mujer, mayor de 21. Así ha pasado Inglaterra, en una evolución de cerca de un siglo, desde la oligarquía de aristócratas y propietarios a la democracia burguesa, y de ésta al sufragio universal.

Pero, siglos antes de tener un Gobierno democrático, los ingleses habían hecho su aprendizaje político en la Administración local que estuvo primero en manos de Ayuntamientos o Diputaciones, manejados por clases medias, hasta que, desde 1835, fueron elegidos por todos los vecinos que pagaran arbitrios, muchos de ellos sin voto todavía para elecciones parlamentarias. En esas corporaciones locales echó raíces la democracia británica, porque los asuntos son sencillos, la fiscalización fácil, los resultados comprobables, y los abusos corregibles ante los tribunales.

Otra gran escuela de democracia han sido las Iglesias. La Anglicana fué regida por los obispos y los reyes, pero hubo sectas disidentes, como los presbiterianos, los puritanos, los congregacionistas y los cuáqueros, cuyo régimen interior fue de tipo republicano. La pluralidad de Iglesias hace que hasta las más conservadoras sean democráticas, porque como el Estado no sostiene ninguna, todas necesitan contar con sus feligreses que son los que pagan culto y clero.

Las religiones fueron también palanca liberal, porque las sectas disidentes se opusieron al monopolio de la Iglesia anglicana en nombre de la libertad de conciencia y de cultos. Según los ingleses, o la religión es voluntaria y sincera o no es religión. Por eso dijo Voltaire que en Inglaterra cada uno elige para ir al cielo la senda que más le gusta.

La tercera escuela de democracia han sido los gremios obreros, que en Inglaterra no son partidos, sino una clase social dentro de la cual hay variedad de ideas políticas, desde conservadores a comunistas, y variedad de ideas religiosas, desde católicos a ateos. Son repúblicas de trabajadores educados en la discusión y en la tolerancia hacia las minorías. Existen además los gremios profesionales, de médicos, abogados, ingenieros o maestros, y las Universidades y Escuelas autónomas.

Mucho antes de ser Inglaterra una democracia, era ya una federación de democracias. Así los partidos políticos ingleses no dividen a los ciudadanos en bandos irreconciliables, porque el partido, como división vertical, se encuentra con una serie de divisiones horizontales. En las elecciones se vota a la persona, más bien que al programa. Las democracias del continente son individualistas, la democracia inglesa es corporativa; por eso son raros el extremismo y la estrechez. Para el inglés la vida no es estridencia, es adaptación y avenencia.

La Cámara baja representa la soberanía popular. No tiene Constitución escrita, ni restricciones; ninguna decisión de un Parlamento liga a los que le sucedan. El Parlamento puede hacerlo todo. Pero su gran fuerza consiste en que no lo hace. Los Gobiernos son poco aficionados a legislar, y los proyectos son elaborados por funcionarios técnicos, no por mandatarios de un partido.

El supremo poder político, que asciende de la federación de pequeñas democracias, culmina en tres órganos: el rey, el Jefe del Gobierno y el Parlamento. Cada uno de ellos carece de autoridad sin el consentimiento

de los otros dos. El Parlamento puede elegir y deponer al rey. El rey nombra Jefe del Gobierno al que cuenta con mayoría en el Parlamento. El Parlamento, o el rey, pueden eliminar al Jefe del Gobierno. El Rey y el Jefe del Gobierno, que son hijos del Parlamento, pueden disolver el Parlamento. Este sistema de contrapesos hace imposible lo mismo la dictadura personal que la dictadura parlamentaria, porque no admite ningún Poder absoluto.

Todo ciudadano se ensaya como gobernante en alguna democracia, territorial, profesional o religiosa, donde aprende a elegir a los jefes políticos, no por lo que hablan, sino por sus obras. Pasan muchos años gobernando en pequeño antes de ser ministros. Por eso Inglaterra ha tenido siempre un gran plantel de estadistas, mientras Alemania, el país de los grandes filósofos, no ha encontrado, en la mayor crisis de su historia, gobernante mejor que un modesto obrero decorador; Italia, la cuna del Renacimiento, está en manos de un periodista de cambiantes colores; y Rumanía es un gran cuartel con un General al frente.

Las naciones que soportan dictaduras irresponsables temen que tras ellas vengan democracias jacobinas; quieren impedir que el pueblo salte de la esclavitud al Poder, que suele ser un salto mortal. Inglaterra ha empleado el método de las tres etapas: una, de libertad y justicia; otra, de democracia municipal; y la tercera, de gradual democratización nacional.

Lo ha aplicado también en sus colonias. Ceilán, país de espléndida civilización, que cayó en guerras y anarquía, tiene desde 1931 un régimen autónomo con sufragio universal, de hombres y mujeres, un Parlamento y un Gobierno responsable. Los salvajes caníbales de las Islas Fiji, en el Pacífico, viven hoy en paz, con tribunales y asambleas indígenas, escuelas, hospitales obras públicas, y Presupuestos con superavit. Yo soy más optimista que Hitler y los demás dictadores. No creo que los pueblos de Europa sean más incapaces de aprender a usar de su libertad, y a gobernarse, que las tribus de Ceilán, o los *fijianos* de Oceanía que, en medio siglo, han pasado de la antropofagia a la democracia.

Las naciones europeas necesitarán mucho menos de medio siglo para salir de su salvajismo. Hay que evitar que el trance de liberación sea sangriento. ¿Quién puede encauzarlo? Los partidos no quieren reconciliarse. Están más divididos que nunca, división fecunda para el futuro pero que, por el momento, produciría un aborto democrático. Hay que empezar por un Gobierno de liquidación que se limite a curar las heridas y reparar los crímenes y las arbitrariedades de las dictaduras; un Gobierno que invite a todos los ciudadanos, sin distinción de creencias ni partidos, a vivir en la patria común, protegidos por la misma ley.

Antes de tener una democracia hay que formar una sociedad civil. ¡Esperen su turno los jefes políticos! ¡Aplacen los partidos sus programas! Los dictadores se van, o los echan. ¿Va a llamarlos de nuevo la anarquía, entrando por la puerta falsa?

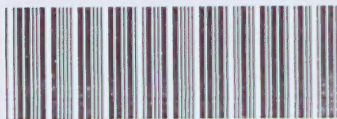
No, ¡Que un grupo de hombres con prestigio moral y sin otra ambición que la paz, forme cuanto antes un Gobierno liberador, para reconstituir los tribunales ordinarios y velar por el orden público!

¡ Pueblos maltratados ! Si queréis alcanzar, como los ingleses, primero la liberación, luego la democracia municipal, y después la democracia nacional, ¡ no clameis venganza ! La venganza es el arma de los débiles ; es el arma de las dictaduras. ¡ No las imitéis ! La venganza rebota contra el que la usa. Ahí tenéis a los dictadores heridos mortalmente. ¡ No pidáis venganza ! ¡ Pedid justicia, que es la madre de la libertad !

Radiada el 1 de Junio de 1943



UNIVERSIDAD DE SEVILLA



600860148